

El silencio de las letras

Azura Zer. Era una mañana gris cuando desperté, todo estaba en silencio y el aire se sentía denso. El mundo parecía haberse quedado completamente mudo. Miré a mi alrededor, buscando con que poder llenar mi mente que en ese momento se encontraba vacía. Lo primero que hice fue revisar el móvil, como de costumbre, para ver si tenía algún mensaje. Esperaba encontrarme con uno de mi padre, avisando que ya se había ido al trabajo y deseándome buen día, como habitualmente. Pero para mi sorpresa, no había nada. Bueno, en realidad sí, solo que no salía ningún mensaje, solo la notificación de WhatsApp con su foto de perfil, una de un gato con gafas de sol, pero creo que tampoco hace falta entrar en detalles.

Apagué y volví a encender el móvil, esperando a que fuera una falla, un simple error. Pero la pantalla seguía igual de vacía. Las aplicaciones seguían apareciendo, las fotos cargaban, pero las letras... nada. ¿Se me había roto el móvil ya? Pero si solo llevaba unos meses conmigo. Miré de nuevo la pantalla, como si fuera a darle vida con la mirada. Venga, os dejo adivinar. Exacto, no funcionó. Pero en aquel momento no le di mucha importancia.

- Será algo momentáneo, ya se solucionará luego. -pensé.
Entonces fui a la cocina, donde mi madre y mi hermana pequeña me esperaban para desayunar.
- ¡Buenos días! -les dije intentando empezar el día con normalidad, aunque de normal, no tenía mucho. - Ah, creo que se me ha desfigurado el móvil o algo. -le dije a mi madre esperando a que no me regañara.

Mi madre me miró, movió los labios, pero de su boca no salió ningún sonido.

- Qué raro. -me dije a mí mismo.

Mi hermana vino a darme un abrazo, parecía que iba a hablar, pero el silencio seguía estando ahí. Genial, ahora parece ser que mi familia estaba en modo “mute”. Esto va de mal en peor.

- Si es una broma de mal gusto, ya es suficiente. -dije un poco preocupado. - Todavía no llega el día de los inocentes.

Pero el silencio seguía presente. Iba a empezar a enloquecer, si es que no lo había hecho ya. ¿Qué estaba ocurriendo? Salí de casa, con prisa, esperando a que el aire fresco me pudiera aclarar las ideas, que me ayudara a pensar un poco, pero lo único que note al salir fue el silencio. Sentí una extraña sensación que parecía apoderarse de mí, como si una parte dentro de mí me dijera que algo no andaba bien.

Caminé por la plaza, hacia el parque, hacia donde siempre veía a la gente charlando, a los niños jugando... Pero no había nadie. Bueno, sí que había gente, pero todos y cada uno de ellos parecía ausente.

Como de normal, había personas caminando, familias reunidas, niños jugando con la pelota... pero no hablaban. No había ni una sola palabra que saliera de sus bocas. Era como si todo el mundo hubiera olvidado cómo hablar. Al principio pensaba que era mi imaginación,

que estaba alucinando, pero no, era real, demasiado real de hecho. Sentí un nudo en mi garganta.

Decidí ir a la biblioteca de mi pueblo. Quizás ahí encontraría alguna pista, algo que me ayudara a entender esto. Diría que es la segunda vez que piso una biblioteca. La primera fue por una charla sobre el uso responsable de las redes sociales, y fui porque íbamos con el instituto. Que fue por obligación, vaya, no por voluntad propia. Pero en situaciones desesperadas, métodos desesperados, o eso dicen, ¿no? Entré y fui directo al primer estante de libros, recuerdo que era el de novela juvenil. Buscaba cualquier cosa que me devolviera a la normalidad, pero lo que yo no sabía, era que en vez de devolverme a la normalidad, iba a hacer justo lo contrario.

Cogí un libro, sin casi fijarme en la portada, solo recuerdo que era de color verde militar, y cuando lo abrí, me quedé completamente helado. Un escalofrío recorrió mi cuerpo al ver que esas páginas estaban completamente vacías. No había ni una sola palabra escrita. Habían desaparecido, como si nunca hubieran estado ahí. A este paso tendré que escribir mi propio libro, y digamos que no soy muy bueno en eso. Mejor dejémoslo ahí. Abrí otro esperando encontrar respuestas, pero lo único que encontré fueron unas tristes hojas blancas. ¿En serio? ¡Esto es como abrir la nevera y no encontrar ni un solo pobre yogur de macedonia! Quizás esa era la respuesta que buscaba. Abrí otro, y otro, y otro más. Las palabras ya no existían, habían desaparecido de todo el mundo.

Era como si el mundo hubiera retrocedido, como si alguien hubiera arrancado página por página todo lo vivido, todo lo conocido, todo lo que la humanidad había avanzado.

Yo no podía dejar que eso sucediera. Tenía que averiguar qué estaba pasando.

Ahora tenía una misión difícil: salvar nuestro idioma, lo que nos une. ¿Cómo podría conseguirlo? Me senté en el suelo, cansado, rodeado de mil libros vacíos, tratando de pensar en algo, cualquier cosa que sirviera de ayuda. Y entonces, una pequeña bombilla dentro de mí, se encendió. Recordé que en el colegio, nos habían enseñado que el idioma es como un hilo que conecta nuestros pensamientos e ideas. ¡Vaya! Resulta que sí aprendí algo en el colegio. ¡Quién lo diría! Lástima que justo ahora ese hilo estaba más enredado que mis esperanzas de aprobar matemáticas.

Pero, ¿y ahora? ¿Cómo podía salvar algo que ya no existía? Cerré los ojos, intentando aclarar mi mente, pero los pensamientos solamente se acumulaban desordenadamente. El miedo empezaba a invadirme poco a poco. Todo lo que estaba sucediendo me estaba sacando de quicio. ¿Acaso me estaba volviendo loco? Bueno, si no lo estaba ya, esto definitivamente me estaba llevando al borde del precipicio. No podía ni tragar saliva.

Intenté calmarme, pero en ese momento algo extraño sucedió. Noté un susurro casi imperceptible que recorrió todo mi cuerpo. ¿En serio? ¡Ahora hasta escucho voces en mi cabeza!

Abrí los ojos y vi algo que me dejó sin aliento. Desde el suelo, en medio de la biblioteca, observé una figura, no como un fantasma, sino como una sombra viva. Aquella sombra empezaba a cobrar vida poco a poco, y a medida que tomaba forma, vi un rostro que se me hacía conocido. Todavía no sabía reconocerlo. Era un hombre con una mirada intensa, muy intensa. Me levanté del suelo, él estaba enfrente de mí. Lo miré fijamente, tratando de adivinar quién era.

- ¡A ti te he visto en mi clase de literatura castellana! -dije con seguridad. - Espera, déjame adivinar, no me lo digas. Mmm... ¡Ya sé! ¡Francisco de Quevedo! No, no. No podrías ser tú... ¿Dónde estarían tus icónicas gafas? A ver... -dije para intentar seguir adivinando.
- Eh... Muchacho.... -dijo aquel hombre.
- ¡No, no! Espera... -le interrumpí.
Lo miré con atención. ¿Acaso era él el gran Antonio de Nebrija? El hombre que siglos atrás, había sido el creador de la primera gramática de la lengua española, aquel mismo que había dado las bases para que el idioma fuera bien comprendido por las siguientes generaciones. ¡Era él, realmente era él! ¡El genio de las palabras! ¿Qué hacía aquí el señor de la gramática? ¿Venía a ponerme un cero en ortografía? Intenté parpadear varias veces, pero no, no desaparecía. Vale, confirmamos: había perdido la cabeza. ¿Acaso había invocado al espíritu de la gramática por confundir “haber” y “a ver”? ¡Nebrija, dame otra oportunidad!
- Una gran disculpa, Nebrija. Pero, ¿qué está pasando? ¿Qué está haciendo usted aquí? Si falleció hace 5 siglos.

Nebrija sonrió, aunque su expresión gritaba gravedad.

- Nuestro idioma está muriendo, muchacho. Y tú, eres su último guardián. La misión de salvarlo está en tus manos. -dijo con preocupación. - He sido convocado por tu angustia y desesperación.
- Ojalá aparecieras así de rápido cuando salgo a hacer un ejercicio de análisis sintáctico a la pizarra... -dije casi susurrando.
- No es momento de bromas. Nosotros, que hemos dado vida a este idioma, debemos asegurarnos de que no se pierda, que no se desvanezca, que no se extinga, que no se desaparezca, que no se...
- Vale, vale, ya lo he pillado -le interrumpí. Pero, ¿Cómo? No sé por dónde empezar. -dije más perdido que nunca.
- Debes comprender, muchacho. -dijo Nebrija con voz firme. - El idioma no es solo un conjunto de letras y palabras, es mucho más que eso. Es la esencia de lo que somos, de nuestra historia. Y todo eso está por desaparecer. Y si desaparece... nosotros también lo haremos.
- ¿Nosotros? -pregunté confundido.
- Exacto. Si el idioma muere, la historia muere con él.

Mire a mi alrededor. Los libros vacíos, sin historia.

- ¿Cómo podemos detenerlo? ¿Cómo podemos devolverle sentido al mundo? -dije sintiéndome un poco como en una historia de acción.

De la nada, un golpe fuerte retumbó la biblioteca entera. El temblor recorrió todas las estanterías, dejando caer desordenadamente todos los libros que había en ellas. Nebrija se dio cuenta de la gravedad del asunto. Cogió uno de los libros que habían caído al suelo, con la esperanza de que las palabras aún pudieran sobrevivir en sus páginas. Pero nada.

- Muchacho, lo que trataba de decirte es: las palabras no solo viven en los libros, viven en la gente. Y si la gente las está olvidando... -dijo con inquietud.

Me quedé en silencio, intentando asimilar lo que acababa de escuchar.

- Pero, ¿qué podríamos hacer ahora? ¿Por qué yo? -dije ansioso.

Nebrija suspiró y cruzó los brazos. Por primera vez no parecía un maestro sabio, sino un soldado cansado, muy cansado.

- Porque tú fuiste el único que se dio cuenta. El único que todavía se pregunta qué está pasando en nuestro mundo.

Las luces de la biblioteca empezaron a parpadear con fuerza, casi dejándonos ciegos. Nebrija me miró con intensidad.

- Hay que darse prisa. Escucha con atención...

El suelo empezó a temblar con fuerza. Parecía que el mundo mismo estaba a punto de colapsar.

- ¡Nebrija, dime que hacer! -le grité sintiendo miedo en todo el cuerpo.

Nebrija se acercó a mí, me puso la mano en el hombro y respiró profundamente. Parecía que se le había ocurrido algo... o como si estuviera intentando averiguar dónde había dejado las llaves del coche. Disculparme, sé que no son momentos de bromas. Sigamos:

- No es suficiente con decirlo en voz alta o escribirlo. Nuestro idioma es más que eso. Necesitamos algo más... algo que haga que nuestro idioma vuelva a cobrar vida con intensidad. - sus ojos empezaron a brillar. - Tienes que enseñarle a los demás, tienes que hacer que recuerden, que lo vivan, que lo usen.

Yo le miré, intentando no parecer completamente perdido. Menos mal que nunca llegó a ser mi profesor de literatura.

- ¿Y cómo lo hago? -pregunté sintiendo que toda la responsabilidad del mundo caía sobre mi espalda. Como si de repente todo dependiera de mí. - Todo el mundo ha olvidado las palabras, ¿qué puedo hacer para que recuerden? ¿Cómo puedo salvar nuestro idioma?

Me imaginé a mí mismo corriendo por la plaza repartiendo diccionarios como si fueran folletos, o dando un discurso épico en medio de toda la plaza, como si fuera el líder de un movimiento lingüístico o algo así. Y luego pensé, ¿en serio soy yo quien tengo que hacerlo? Nebrija caminó hacia una estantería que estaba tirada en el suelo, alzó una mano, y con un simple gesto, hizo que todos aquellos libros vacíos, comenzarán a llenarse de frases, de historia.

- Ojalá los exámenes se resolvieran con un simple gesto como ese... -pensé.

Todo lo que una vez conocí y que temía tanto perder, estaba regresando.

- Ah, muchacho... Las palabras nunca desaparecen del todo, solo duermen.
- Y, ¿cómo las despierto?
- Con una chispa. Cada palabra perdida es un trozo de nuestra cultura, de nuestra identidad. Tú, muchacho, debes enseñar a los demás que las palabras tienen más poder de lo que piensan.

Después de estas sabias palabras, el temblor fue disminuyendo lentamente hasta finalizar.

- Si logras que todos entiendan su importancia, que vean cómo las simples palabras nos conectan...

Entonces allí fue cuando realmente lo entendí. No era solo cuestión de hablar, sino de hacer y demostrar que nuestro idioma es lo que nos une. Tenía que mostrarle a todos como el idioma estaba en todo lo que hacíamos.

Me quedé allí, mirando los libros que ahora estaban llenos de vida, de palabras, de frases que cobraban vida esperando a ser leídos.

- Haz que el idioma reviva a los demás. -dijo el gran Nebrija.

Con esas palabras resonando y dando vueltas en mi cabeza, me dirigí a la salida. Ya sabía lo que tenía que hacer.

Salí de la biblioteca con un nuevo propósito y con el corazón latiendo, más fuerte que nunca, más que cuando intentas ir de sabelotodo y copiar en un examen.

Mientras caminaba por la puerta, me sentía como un héroe en una película de acción, listo para salvar la humanidad con mis escasos recursos lingüísticos.

- Hoy el idioma será rescatado. - me dije con confianza y seguridad, sintiendo que en cualquier momento empezaría sonar una melodía épica como en las pelis. - ¡Lo voy a lograr! ¡Voy a ser un héroe histórico!

Pero entonces, de repente, me di cuenta de algo, algo muy importante. ¡Nebrija! ¡El gran Antonio de Nebrija! ¡Me olvidé completamente de él! Sí, lo sé, lo sé... Nebrija, el gran hombre que me había dado la responsabilidad de salvar el idioma... ¿y yo le dejé atrás así como si nada? Pero claro, en ese momento estaba tan acelerado y apresurado de salvar el mundo, pensando en todo lo que venía a continuación, ¡que ni siquiera pensé en despedirme de él!

- ¡Muchacho, detente! -dijo Nebrija.

Me giré rápidamente, encontrándome con esa mirada intensa y tan llena de sabiduría. Menos mal que seguía allí, ¡ahora podré pedirle un autógrafo!

Nebrija dio un paso hacia mí, y con voz baja, pero segura, me dijo:

- Las palabras son como semillas. Si las siembra con amor, crecerán y nunca dejarán de florecer.

Sus palabras llenas de conocimiento pesaron sobre mis hombros como una mochila llena de libros... pero no de esos ligeros, no, no, qué va, ojalá fueran esos.

- Ahora muchacho, es tu turno de sembrar. -dijo con una gran sonrisa en su cara.

Pero antes de desaparecer, añadió algo más:

- Y por favor, ya que estas, aprende la diferencia entre “haber” y “a ver”. Me harías un gran favor.

Me reí con toda la admiración del mundo.

Con esas últimas palabras, se dio la vuelta, y desapareció tal como vino. Nebrija ya no estaba, pero sus palabras se quedaron conmigo. Las palabras no eran solo palabras, eran algo más. Algo que necesita ser cuidado y compartido. Mi misión ya no era solo salvar el idioma, era algo mayor: devolverle a la gente su voz.

Ahora, sin dejarme a nadie atrás, salí de la biblioteca con la mente aún llena de planes. Sabía que tenía que empezar con algo pequeño, así que empecé por hablarle a la gente que me rodeaba, a contarles todo lo que había aprendido y lo importante que era salvarlo. Al

principio me miraban raro, como si fuera el típico loco que habla con los árboles en su tiempo libre.

Con el tiempo, las palabras volvieron a su normalidad. No fue nada fácil, pero cada palabra, cada gesto, ayudó a construir un mundo donde las palabras crecían y florecían. Y aunque no lo podía ver, algo me decía que en algún sitio, Nebrija estaba observando. Y quizás si miraba bien, podría ver nuevas semillas crecer. Aunque... seguro se estaría preguntando si finalmente he dejado de confundir “haber” y “a ver”, o quizás “valla” y “vaya”... Sea como sea, si Nebrija estuviera observando de verdad, estoy casi seguro de que estaría tomando notas. Y por si acaso, no estaría mal un par de clases intensivas de gramática... solo para estar seguros.